

El camino cada vez se mostraba menos practicable; en los declives de las montañas que teníamos á la izquierda descubrimos algunos conos truncados, indicios palpables de antiguos cráteres, cuyas erupciones habían producido las corrientes que tapizaban las paredes de los precipicios. Muchas veces nos deteníamos á considerar la gran masa de nubes producida por los condensados vapores de los bosques, los cuales nos ocultaban el Océano; estos se ofrecían á nuestra mirada unas veces como espinosos haces que asemejaban peñascos de nieve, otras en forma de gradería y siempre como un cielo jaspeado, por lo que parecía que teníamos el firmamento no en el cénit, sino bajo nuestras plantas. Este espectáculo nuevo para mí, que no había ascendido á tan elevadas montañas, me encantaba, y nunca me parecía haberlo considerado bastamente.

Antes de entrar en las *Gargantas*, dejamos á la izquierda la gruta del Pino, notable porque su concavidad resguarda el único pino que crece en aquella altura; en seguida entramos en las *Gargantas*, estensas llanuras completamente estériles y desiertas, cubiertas de fragmentos, piedra pomez y de obsidias, que refractan los rayos del sol y producen un calor tan intenso, que sería irresistible sino neutralizara su acción un viento Norte, frío ya á aquella altura de mil cuatrocientos toesas; el aire en aquellas regiones es de una sequedad fatigosa.

Aquellos valles contenidos entre montañas enormes, de donde toman el nombre de *Gargantas*, son otros tantos lechos de antiguos cráteres; en ellos se estingue casi enteramente su vegetación; el *spartium supra nubium* es la única planta que sobrevive, y eso de trecho en trecho; aquí ya se hace el tránsito triste y monótono. Grandes peñascos de basalto y feldspato interrumpen totalmente la uniformidad de la llanura; algunos son tan considerables, que excede su diámetro de 20 pies; su posición en medio de aquellos campos de obsidias no puede ser originada sino por la explosión de antiguos volcanes.

Antes de entrar en las *Gargantas*, pasamos muy cerca de un cráter, que parecía haber estado en actividad en una época muy cercana; nuestros caballos resbalaban á cada paso; uno de ellos dió un tropezón que hizo rodar al que le montaba, accidente que no tuvo otro resultado lamentable que la rotura de un barómetro; así, pues, redoblamos nuestras precauciones, tardando por este motivo una hora en franquear este paso. Desde el centro de las *Gargantas* descubrimos el inmenso basamento del Pico, de cuyos lados sobresalían enormes peñascos de basalto, superpuestos de modo que nos trajo á la memoria los trabajos de los Titanes. Estas enormes masas, suspendidas sobre nuestras cabezas, nos ocultaron muchas veces el cono, á cuyo pie llegamos á las tres y media; asaltámosle con decisión por una senda muy escarpada, obstruida de obsidias amarillentas y de piedra pomez, que cediendo bajo los pies de nuestros caballos, hacían difícil la ascensión, no obstante que giraba alrededor de la posición.

Al cabo de tres cuartos de hora de marcha muy penosa llegamos al plano de la *Estancia de los ingleses*, término de nuestra jornada; en aquel sitio hay aglomeradas grandes masas de basalto, que forman un abrigo natural: el *spartium supra nubium* se encuentra en sobrada abundancia para alimentar el indispensable fuego que hay que encender. Al punto tomamos posesión de uno de estos abrigos; el viento Norte que

soplaba, á punto de sentirse mucho frío, nos prometía un descenso considerable de temperatura. Nos hallábamos en un verdadero desierto, aislados del mundo entero y á 1,600 toesas de elevación; las nubes, que dejábamos ya bajo de nosotros antes de entrar en las *Gargantas*, nos ocultaban una gran parte de la isla; de tiempo en tiempo nos dejaban ver algunas cúspides fuera del recinto de crestas volcánicas, que rodean el gran cráter que acabábamos de atravesar.

Ansiosos de reconocer aquellos sitios, aprovechamos las dos horas de día que restaban para subir por la montaña hasta *Alta-vista*. Una media hora empleamos en llegar hasta la planicie, situada en la cúspide de una eminencia de obsidias que nos separaba de la senda en que estaban los peñascos de basalto suspendidos sobre nuestras cabezas. Como la estación de *Alta-vista* se halla mas próxima al Pico, acontece que los viajeros la escogen alguna vez para pasar la noche; pero este sitio es menos abrigado que el de *Estancia*, y es menester llevar consigo mucha leña si ha de hacerse lumbre. No intentamos pasar mucho mas adelante por temor de perder el camino si se nos hacia de noche; pero sin embargo, llegamos hasta descubrir el Pico, cuyo vértice nos parecía tocar con la mano, á pesar de estar aun muy distante.

La bajada nos costó mucho mas trabajo que la subida; pero regresamos con felicidad despues de haber recogido muestras de las rocas mas notables que encontramos; entre ellas habia trachitas, basaltos y lavas de diferentes edades, mas ó menos alteradas por el aire, el fuego, las lluvias, y que ofrecían diferentes estados de cristalización. Cuando llegamos á las siete á la *Estancia*, nos aguardaba una buena comida y una vivísima hoguera; la juguetona llama esparcía una claridad que animaba todo cuanto nos rodeaba.

Al amparo de las rocas, abrigados con nuestros capotones y engranados como mejor se podia nuestros huesos con los duros cantos del suelo, tratamos de dormir haciendo de cabecera nuestras maletas, pero fué diligencia vana, el ruido de los caballos, el del hombre encargado de atizar la lumbre y el que hacían nuestros guías conversando entre sí al amor de otra hoguera que ardia á corta distancia de la nuestra, nos tuvieron constantemente desvelados. Tambien teníamos que luchar con otra especie de enemigos. Las pulgas, naturalizadas se conoce que de mucho tiempo en esta estación, y á la cual no habrían venido por sí, se despertaron al dulce calor de nuestra lumbre y comenzaron á hacernos una guerra á muerte. En vano quise oponer una resignación estoica á sus picaduras, pues era mayor que esta la molestia que me producían teniéndome despierto. Por fin, á media noche, viendo que no podia conciliar el sueño, decidí salir á tomar el aire fuera de nuestro recinto; pero apenas me habia separado de la lumbre tuve ocasion de conocer cuánto habia disminuido la temperatura; miré el termómetro que á las ocho tenia catorce grados y que habia descendido hasta ocho; sin embargo, con dificultad podria haber noche mas bella. El cielo, de una pureza extraordinaria, estaba sembrado de innumerables estrellas que esparcían tal claridad en la atmósfera, que podia creerse al punto que aun alumbraba la luna traspuesta ya de aquel horizonte. Las montañas, que me robaban una parte del cielo, se destacaban con tintas oscuras bastante pronunciadas para que se marcasen claramente sus contornos. A algunos pasos de nuestro campo reinaba el silencio mas profun-

do; fácilmente me podía hacer ilusión de estar aislado en aquella soledad y entregarme á mi gusto al recogimiento y meditación que inspiraba. Una multitud de reflexiones asaltaron mi mente en aquellos instantes; pensaba en mi país, en mi familia, en mis amigos y en las eventualidades dichosas ó menguadas de un viage que se estrenaba con aquella interesante ascension que tan gratas emociones me causaba. De estos sueños salía lleno de confianza para el porvenir; admiraba en la naturaleza una de sus mas grandes maravillas, el deseo de estudiarla me habia conducido hasta allí, y aunque para satisfacer cumplidamente este propósito me faltaba estar iniciado en las ciencias, me compensaba en cierto modo la influencia que ejercia en mi espíritu tornándole al pasado y anticipándole al porvenir.

Después de una media hora de paseo, regresé á nuestro campo escitado por el frio, y hallé á mis camaradas procurando buscar en la inmovilidad el descanso que les negaba el sueño; tomé asiento alrededor del fuego, y mientras llegaba el día me entretuve en comenzar algunas cartas para mi familia y amigos. De este modo pasé hasta las tres, hora en que mis expedicionarios se incorporaron para acercarse mas á la lumbre á causa de lo intenso que se iba haciendo el frio; entonces nos pusimos á discurrir acerca de la mala noche, conviniendo en que seria forzar el sentido de las palabras llamar á aquello descanso. El termómetro habia bajado á cinco grados. Convinimos no partir antes de las cuatro y media, con objeto de no pasar antes de amanecer por *Alta-Vista*, donde el camino es impracticable por la noche. Cuando llegó aquella hora nos pusimos en camino, llevando por delante un guia y dos caballerías que portaban los instrumentos, los víveres y una soberbia empanada que destinábamos á comer solemnemente en la cúspide del cráter. Azotábanos el rostro una brisa norte glacial; que era mas sensible que una helada intensa; el aire era de una sequedad tan extraordinaria que se me habian abierto los labios y sentia dolor de oidos; por espacio de media hora tuve que caminar á pie, á pesar del mal terreno, para entrar en calor con el ejercicio. Apenas era de día cuando llegamos á *Alta-Vista*, no deteniéndonos en este sitio mas que el tiempo necesario para cobrar ánimo. Al cabo de media hora llegamos á la Cueva de las Nieves, especie de gruta en que todo el año se mantiene el agua congelada y á donde vienen á buscar hielo de Orotava.

En este punto presenciámos uno de los espectáculos mas magníficos á que se puede asistir en los paisés montañosos, que es la salida del sol. De entre los vapores que cubrian el Océano, salia entonces radiante, y al parecer agrandado y aplanado mas allá de toda idea, á causa de la refraccion. Los efectos de radiacion le prestaban algo de fantástico; difícilmente podría representarlo el pincel cuanto mas describirlo la pluma; yo solo me limitaré á señalar este fenómeno á los curiosos observadores como digno de empeñarlos en ascender á montañas elevadas. El termómetro señalaba 5.º 8 y el barómetro habia bajado á 0. m 4994.

A poco divisamos el cono llamado *Pilon*, sin duda á causa de su semejanza con los formados de azúcar, el cual se elevaba magestuosamente del centro del plano culminante de la montaña. Mas de una hora empleamos en montar la especie de pedestal en que se asienta; gracias á la estacion, no tenia nieve el sendero; cuando está cubierto de ella es preciso redoblar

la prudencia; pero, sin embargo, no puede decirse nunca que ofrece peligros de entidad. Un poco antes de llegar á la planicie de donde parte el *Pilon*, recogimos al pasar musgo del que tapiza ciertas grietas que despiden vapores acuosos muy cálidos. Detuvimos algunos momentos antes de emprender nuestra última ascension, midiendo primero con la vista las dificultades.

Por fin nos pusimos en marcha; la base y los costados del cono están cubiertos de obsidias movilizadas, en las cuales nos hundíamos hasta media pierna, cediendo de tal modo, que apenas avanzábamos un paso cada tres. Casi continuamente nos era menester detenernos para tomar aliento, experimentando opresiones mas ó menos penosas ocasionadas por la gran rarefaccion del aire; esta opresion produjo á algunos el efecto de sangrar por la nariz. Ultimamente, del mejor modo que pudimos llegamos arriba, y abordamos el cráter, cuyas paredes unidas y ligeramente inclinadas se elevan á alturas desiguales, sus contornos despedidos en abundancia de cuando en cuando vapores sulfurosos; el fondo del cráter parecia apagado enteramente. Dimos vuelta á aquella ancha boca apoyándonos en los picos de basalto de las paredes del cráter blanqueados por el humo, y que esparcidos muy irregularmente permiten acceso solamente por el lado que nosotros le habiamos abordado. Probablemente su destino será encenderse un día para dar curso á alguna otra erupcion que produzca un nuevo cono.

Los bordes de las concavidades que exhalan vapores están tapizados de cristalizaciones de azufre y de eflorescencias de alúminas reblandecidas; en su interior se experimentaba un calor bastante vivo; recogimos muestras de diversas sustancias y algunos fragmentos de obsidias nitrosas.

El cielo se mostraba puro, sin nubes y de azul oscuro; el aire soplabá moderadamente de Nordeste; la temperatura estaba á 14º y ascendia á 9 á la sombra. Hacia las diez nos molestaba el calor; algunos experimentaron dolor de cabeza. Después de recorrer el cráter y sus contornos en todos sentidos, me detuve para contemplar el imponente golpe de vista que me ofrecia la parte del pico de Teyda, que sobre la region de las nubes parecia aislado del mundo entero; disipándose de cuando en cuando aquellos vapores; me permitian descubrir tambien la cadena de cráteres que gradualmente descende hasta el mar. La hora del desayuno se echaba encima, antes de la cual ya todos esperábamos excelente apetito; colocamos la empanada en el punto culminante del Pico, y alrededor todas las demas provisiones; á poco todo habia desaparecido; nunca almuerzo alguno pudo encontrarse mas esquisito; estábamos muy orgullosos de ballarnos en tal convite á 1,800 toesas sobre el nivel del mar, y aun pensaba en las gentes que envidiarían nuestra expedicion.

Terminado el almuerzo se ocuparon los mas en completar su coleccion mineralógica, y á medio día, cargados de piedras y de nuestros útiles, comenzamos á descender del Pilon, operacion que se hace con mas rapidez que se desea, y que dura escasamente 10 minutos. Sin detenernos seguimos hasta *Estancia*, donde llegamos á las dos en punto. Después que todos los sabios de primer órden han visitado el pico de Teyda y de sus descripciones tan claras y satisfactorias acerca de su formacion, seria una temeridad aventurar ideas á este propósito, cuando ni aun tiempo tuvimos

para examinarlo. Nuestro objeto fué medir con exactitud la altura de la montaña y hacer algunas observaciones de intensidad magnética.

Abandonamos la Estancia y continuamos rápidamente por las Gargantas, que no tenían ya para nosotros el interés que cuando subimos. A medida que descendíamos experimentábamos un cambio de temperatura y de atmósfera que nos causaba una sensación agradable. Sin embargo, por mas que aligeramos el paso, nos sorprendió la noche en las regiones des pobladas, siendo mas de las ocho cuando entramos en Orotava, talmente cansados que apenas tuvimos ánimo para tomar un bocado antes de acostarnos.

Al dia siguiente partimos para Santa Cruz; nos detuvimos en Laguna para visitar dos iglesias bastante notables, y al medio dia entramos en Santa Cruz, término de nuestro viage, muy satisfechos de nuestra expedición, aunque muy cansados.

#### NAUFRAGIO DE LA MEDUSA.

A consecuencia de haber restituido á la Francia, en virtud de los tratados de 1814 y 1815, los establecimientos que poseia en el Senegal, dispúsose la salida de una expedición á las órdenes de Mr. de Chaumareys, compuesta de la fragata Medusa, mandada por este oficial, de la corbeta Eco, de la gabarra Loire y del brik Argos, que partieron el 17 de junio de 1816.

Estos buques marcharon al principio en conserva; pero habiéndose adelantado á todos la Medusa, se encontró el 1.º de julio próxima al desierto de la costa de Sahara, pasó el trópico y siguió un rumbo que la aproximaba demasiado á tierra, aunque para ello se prestaba que lo favorable de los vientos dejaban al comandante libre en su maniobra, y que el modo de hacer una travesía rápida era seguir la playa de tan cerca como fuera posible. Al deseo de llegar mas pronto iba unido el sentimiento de gloria de mostrar mas atrevimiento que los demas marinos, lo cual fué causa de que Chaumareys se empeñase irreflexivamente en el golfo de San Ciprian, no obstante los prudentes consejos de su teniente y de otros oficiales, que le demostraban en presencia del mapa, que el camino que seguía habia de conducirle al banco de Arguin.

Mr. de Chaumareys sirvió en la marina desde muy jóven; despues emigró y pasó en la emigración el tiempo que debió emplear en hacerse diestro navegante. En la época de la restauración fué repentinamente ascendido al grado de capitán de fragata, sin tener en cuenta su falta de práctica, imprudencia que debía dar su fruto.

El 2 de julio á las tres de la tarde encalló la fragata, suceso que exaltó extraordinariamente el ánimo de las personas que habian previsto esta desgracia. Es verdad que Mr. Chaumareys desplegó mucha actividad para desencallar el buque; que se practicaron los mas grandes esfuerzos; que todo el mundo cumplía su deber con valor, y que la fuerza de la tripulación estaba casi duplicada con la concurrencia de pasajeros y soldados destinados á la guarnición de Gorea; pero á pesar de todo era aun para aquella situación demasiado limitada la fuerza humana; así que luchó en vano contra los vientos, que estorbaban la maniobra de las lanchas, y contra la rapidez de las corrientes, que paralizaban la ejecución de las órdenes de establecer las anclas de modo que se pudiera

por su medio traer la fragata sobre los costados del banco, donde hubiera flotado de nuevo. Despues de mil pruebas infructuosas, de mil trabajos, angustias y esperanzas defraudadas, obligó el extremo cansancio á dar treguas á todo. Durante la noche del 3 al 4 refrescó un poco el viento, y las oscilaciones de la mar, contrariada por la dirección de las corrientes, formaban enormes olas, que rodaban amenazando el banco Arguin.

La fragata estaba aprisionada en un sitio elevado, contra el cual venia á estrellarse la ola, la que casi siempre pasaba por encima, empapando constantemente á la tripulación, y obligándola á cada instante á abandonar sus trabajos para asirse de un palo, de un cabo ó de lo primero que encontraba á mano, para no ser arrebatados al mar.

Durante esta triste noche se entreabrió la fragata, y fué menester renunciar á toda esperanza de sacarla de allí, y no ocuparse mas que de la salvación de la gente que tenia á bordo.

Se pensó en construir una balsa; idea buena, pero cuya ejecución requería mas disciplina y obediencia que la que reinaba á bordo, donde no inspiraba el carácter del gefe el respeto tan necesario en aquellas críticas circunstancias: por todas partes se oían exclamaciones de furor y desesperación, que solo la presencia de espíritu del comandante hubiera podido reprimir á unos y avergonzar á otros: desgraciadamente los naufragos de la Medusa carecieron de este elemento indispensable de salvación.

Entretanto, en medio de aquella anarquía, intentaron algunos hombres intrépidos y generosos organizar los trabajos; pero como carecian de la unidad que infunde la voluntad de un gefe, resultó mal liada y dispuesta la balsa, y que no se proveyera convenientemente. Efecto de una precipitación mal entendida, cayeron al mar muchos sacos de galleta, que fueron muy echados de menos cuando comenzó á sentirse la escasez.

Esta precipitación innecesaria fué la que mas contribuyó á completar la desgracia. Interin subsistiese la enorme masa de la fragata sirviendo de abrigo contra la impetuosidad del mar, ¿no habria tiempo de precaverse con sangre fria contra los peligros del porvenir? La balsa, amarrada con anclas y sujeta á un costado de la fragata, ¿no hubiera podido proveerse en ella de las piezas necesarias y de los víveres que cada día podian extraerse de su cala sumergida? De este modo se hubiera construido una especie de isla flotante, cuya presencia hubiera reanimado el valor de la tripulación y dado tiempo á esperar la completa destrucción de la fragata para refugiarse ya en la balsa, ó en las lanchas.

La idea de que marchara aquella pesada máquina, necesariamente mal dispuesta para surcar las olas, fué empresa loca, que no podia nacer sino de cerebros incapacitados de tomar una determinación sólida. Hubiera sido menester en los primeros momentos espedir á Gorea, bajo las órdenes de un oficial, una embarcación que no hubiera tardado en regresar con socorros para los naufragos. Entre tanto el comandante debía permanecer á bordo de la fragata y el teniente á bordo de la balsa, donde su presencia hubiera sido conveniente para mantener la decencia, la sangre fria y la obediencia.

Lo que apoya esta proposición mas que todo, es que la fragata se encontró cincuenta dias despues del

infausto suceso, habitada aun por algunos hombres. El brik Argos perdió un tiempo precioso en busca de la balsa, cuya posición no podía calcular; y si hubiera permanecido anclada hubiera acudido al banco en que ocurrió el naufragio, y recogido los que permanecieran en la fragata ó en la balsa.

Muy lejos de adoptar estas medidas previsoras, que no podían ser sino resultado de presencia de espíritu, trataron de abandonar la embarcación y de que las lanchas remolcasen la balsa, sin reflexionar la fatiga que ocasionaría aquella pesada máquina, arrastrada á fuerza de remo en tiempo de calma. El auxilio de una vela disminuía estos inconvenientes; pero aun así y todo debía retardarse mucho la marcha de

de su mal estado, embarcó 88 marineros, y en otra de ocho remos 25. El secretario del gobierno de la colonia con su familia se refugió á bordo de una yola ó barca chata. La balsa, tan mal construida y dispuesta como estaba, acogió 132 personas, y la mandaba un aspirante de marina de primera clase (1): en la fragata, rasa como un pontón é inclinada á la banda de babor, quedaron 17 personas que no quisieron embarcarse.

Se hizo la señal de partida y se partió, pero sucesivamente largaron las dos lanchas principales las amarras que les enlazaban á la balsa, quedando de remolque tan solo una lancha. A esta también se le rompieron aquellas, ó mas bien, á pensar como los historiadores de este naufragio, fueron cortadas por



Los quince desgraciados que sobrevivieron fueron hallados por el Argos.—Pág. 339.

las embarcaciones, y de consiguiente la salvación de la tripulación.

Ahora bien, ¿es presumible que hombres razonables tuviesen la intención sincera de llevar á cabo esta empresa? ¿No sería un recurso sugerido para diferir las amenazas de hombres exasperados, á los cuales se haría concebir esperanzas de que no podía participarse? ¿No habría tal vez por un horrible sentimiento de egoísmo el pensamiento de escapar tan pronto como la ocasión se presentase? De cualquier modo que sea, fué el caso que en la lancha principal montaron 35 personas, entre las cuales se contaba el gobernador nombrado para el Senegal, con su familia; en otra un poco mas pequeña se agruparon hasta 42; la lancha del comandante recibió 28; la chalupa, á pesar

orden del que mandaba la embarcación. Evidentemente este frágil esquife debía por sí solo ser impotente para remolcar aquella pesadísima masa, y por el contrario debía arrastrarlo á él. Debía esperarse en efecto la inutilidad de las tentativas practicadas para la marcha de la balsa; pero no que fuese abandonada en medio del Océano, sin esperanza de socorro. Se escusa este proceder diciendo que el ejemplo de la lancha comandante, que se alejó precipitadamente, fué causa de la defección de las demás; ¿pero queda así á cubierto la responsabilidad de aquellos en quienes declinaba la autoridad del comandante después de la ausencia de éste?

(1) Coudin era su nombre, digno de memoria.

Las dos embarcaciones que montaban el gobernador y el comandante de la fragata ganaron sin accidente alguno el Senegal y se instalaron á bordo de la corbeta Eco, que hacia ya muchos días estaba en la rada de San Luis. Al momento se celebró un consejo con el fin de convenir en los medios mas rápidos y seguros de socorrer á los náufragos, abandonados en las embarcaciones, en la balsa y en el casco de la fragata.

La chalupa, tan sobrecargada de gente, no pudo hacer uso de los remos y las velas, porque á las peseterantes calmas habia reemplazado un viento bastante fresco, y la violencia de las corrientes, de gran fuerza en aquellas regiones, la arrastraron hácia tierra. Muchos de aquellos infelices decidieron desembarcar antes que continuar una navegacion tan incierta, y así lo efectuaron hasta sesenta y tres, que tomaron tierra provistos de armas y de toda la galleta que pudieron, á una legua Norte del cabo de Mirick, y á noventa de la isla de San Luis. La chalupa se incorporó una hora despues á las demas embarcaciones; pero mas tarde, atormentados por la sed, les fué menester tomar el mismo partido que sus camaradas, cuyo ejemplo siguieron otras dos lanchas y la yola que caminaban juntas á la vista. Toda esta gente desembarcó á cuarenta leguas de la isla de San Luis. Todos los náufragos de estas diversas embarcaciones, constituyeron una caravana que se puso en marcha para ganar el Senegal; pero al atravesar el desierto pasaron muchos trabajos por efecto de la perfidia de los moros, de la escasez de víveres, y del cansancio y calor que experimentaron. Probablemente hubieran sucumbido á no ser por el Argos que los divisó sobre la costa y envió algunos socorros, y por los ingleses que enviaron por tierra á su encuentro algunos camellos con subsistencias y cuanto podia ser útil para continuar su camino. El 12 á las siete de la tarde llegaron á San Luis sin nuevo accidente ni perder ninguno de los suyos.

Pero volvamos hácia los que quedaron abandonados en la funesta balsa. Cuando perdieron de vista las embarcaciones, quedaron petrificados de estupor, y su desesperacion estalló en imprecaciones contra los que les habian engañado para abandonarlos. Sin embargo, la necesidad infundió un poco de calma y subordinacion, á fin de establecer algun orden en la distribucion de los pocos víveres que quedaban; pero toda la galleta, empapada de agua como estaba, la devoraron en un solo dia. Las esperanzas que forjaban respecto del pronto socorro que les suministrarían las embarcaciones, les hizo poco cautos para el porvenir. La noche que siguió á su abandono la pasaron toda zandea. Los por las olas, las cuales les hacian chocar unos con otros ó caer entre los mal unidos maderos que formaban la balsa. Muchos perecieron ó se mutilaron por esta causa; otros fueron arrebatados por el mar á causa de las violencias de sus sacudidas, y otros se tiraron á él para terminar voluntariamente sus padecimientos. Al dia siguiente, se echaron veinte hombres de menos al distribuir los víveres. La noche de aquel dia fué aun mas horrible; sopló el viento con violencia, y enormes montañas de agua pasaban por encima de los desventurados náufragos, estrellándose en ellos con furor. Agrupáronse cuanto pudieron al centro de la balsa, punto de ella mas sólido, pereciendo casi todos los que no pudieron alcanzar aquel puerto. Tan desesperadamente se apiñaban, que muchos desgraciados perecieron tambien ahogados bajo el peso de sus mismos camaradas.

Los soldados y marineros, creyendo firmemente que iban á abismarse, decidieron dulcificar sus últimos momentos bebiendo hasta perder la razon: hicieron un agujero á una barrica de vino, la cual rodearon sin obstáculo de parte de los oficiales, que participaban ya de su desaliento, y trataron de emborracharse. El agua del mar que se mezclaba al chorro de vino, les obligó á ceder de su propósito; pero esto no fué tan pronto que estorbara que sus vapores trastornasen aquellos cerebros debilitados por fatigas sin tregua, por el temor de la muerte y la falta de alimento. Sordos á la voz de la razon, concibieron el pensamiento de cortar las ligaduras de la balsa y hundirse de este modo en las olas con sus compañeros de infortunio. Manifestaron en voz alta la intencion de deshacerse de los gefes que podian oponerse á sus designios, al tiempo mismo que enarbolaron los sables y cargaron furiosamente sobre ellos, combinando como un placer esta á las demas causas de destruccion que por todas partes les asediaban. Los frágiles maderos que les sostenian apenas, se tiñeron de sangre, y una vez iniciado el crimen no se detuvieron en su camino. Aquellos que en todas ocasiones hubieran tenido el derecho de hacerse obedecer, se hallaban á merced de aquella desesperada turba, entre la que habia hombres marcados ya con el hierro reprobador de la sociedad, y que entonces dando rienda suelta á sus malvados pensamientos, se complacian en el goce infernal de hacer en la tierra impunemente, antes de sucumbir todo el mal posible. Los oficiales y pasajeros que conservaban aun sangre fria, que estaban aun bien armados y sin el inconveniente de la embriaguez, se retiraron á un estremo de la balsa, en el que se defendieron de sus furiosos enemigos, matando gran número de ellos y precipitando al agua sus cadáveres. A pesar de todo, el hambre, la escasez de provisiones, fué entre los que sobrevivieron manantial de disensiones continuas. La exasperacion y el furor producido por tantos padecimientos, aniquilaron todo sentimiento de humanidad. La pluma se resiste á describir las repugnantes y horrosas escenas por que pasaron los que aun sobrevivian. Estos desgraciados, á quienes un prolongado ayuno tenia reducidos á una estrema estenuacion, y cuyas heridas ensangrentadas se abrian á cada paso por efecto de las sacudidas de las olas, lanzaban gritos dolorosos, y para prolongar por algunas horas tan miserable existencia babian sus propios orines y se alimentaban con la carne de los camaradas que habian perecido. De ciento cincuenta y dos que entraron en la balsa no quedaban mas que treinta. Dos hombres á quienes encontraron bebiendo fraudulentamente de la unica barrica de vino que quedaba, fueron arrojados al mar. La vida de un niño de doce años, discipulo de marina, objeto de la ternura y cuidado de toda la tripulacion por su figura angelical, su voz dulce, su escelente carácter y valor, se estinguió como una luz falta de alimento.

Quedaban veinte y siete, dice la relacion de uno de los actores de esta terrible escena (1) y de ellos solo quince parecian destinados á poder prolongar su existencia algunos dias; los restantes estaban cubiertos de heridas y llagas y habian perdido la razon. Sin embargo, como aun se les contaba para la distribucion de nuestras provisiones, y podian consumir antes de morir treinta ó cuarenta botellas de vino, que nos

(1) Correard, quinta edicion, pág. 440.

eran de un valor inestimable, se puso á deliberacion lo que debia hacerse, y se tomó la execrable resolucion de que los quince mas fuertes arrojarian al mar á los otros quince mas débiles, lo que fué al punto ejecutado.

Seis dias despues fueron divisados y recogidos por el Argos los quince desgraciados que sobrevivieron en la balsa, los cuales parecian, mejor que hombres, cadáveres á quienes se hubiera arrancado la epidermis. Una vez en la isla de San Luis, sucumbieron aun cinco, á pesar de los esmerados cuidados que se les prodigaron, salvándose por lo tanto diez tan solamente de los ciento cincuenta y dos refugiados en la balsa, los cuales, en sus horribles descripciones, enseñaron cuantos crímenes y padecimientos puede acumular y soportar el hombre en el corto espacio de quince dias.

La naturaleza muchas veces procura en el esceso de nuestros males un alivio y hasta una compensacion de ellos mismos; los desgraciados de la balsa perdian con la razon el sentimiento de su horrorosa situacion. La debilidad les hacia aletargarse en una especie de soñolencia, de la cual despertaban con la mirada radiante y poseidos de las mas dulces ilusiones. Mr. Correard, afectado de este mal, que hace prorumpir en gozosas exclamaciones y en deseos de arrojar al mar, para ganar las hermosas praderas que se cree distinguir ya á un paso, se figuraba hallarse en los vergeles de Italia; otros en su delirio se creian aun á bordo de la Medusa, navegando pacífica y sosegadamente, y otros llamaban á los navios que se les figuraba venir en su socorro.

Hallada la balsa, se trató de acudir en busca de las lanchas que no habian llegado con la del gobernador, puesto que sin víveres su posicion debia ser aun mas crítica que la de los náufragos de la fragata, los cuales, si el mar no la habia deshecho, subsistirian tal vez con los víveres que quedasen.

Sin embargo, como la fragata traia á bordo, para las necesidades de la colonia una suma de cien mil francos, que nunca se pudo hallar, se dispuso, aunque tarde, para proveer á las exigencias de la humanidad, enviar una goleta encargada de socorrer los que hallara, y de registrar el interior del buque, á fin de descubrir el dinero. Dos veces se hizo á la vela, y dos veces, por efecto de temporales, tuvo que regresar al punto de partida, despues de navegar inútilmente por espacio de algunos dias; por fin á la tercera llegó hasta la Medusa, cincuenta y dos dias despues de su abandono. Las diez y siete personas que quedaron dentro de ella, reunieron al principio todos los víveres que pudieron extraer de la cala, y en tanto que duraron reinó la paz; pero pasaron cuarenta dias sin que llegase el socorro que aguardaban, y entonces doce de los mas valerosos é intrépidos resolvieron ganar la tierra, para cuyo efecto construyeron una balsa con algunos despojos del buque. Debieron ser víctimas de su temeridad, á juzgar por los restos de la balsa que fueron hallados por los moros en la costa del desierto Sahara. Algunos dias despues de la partida de esta balsa quiso tambien un marinero ganar la costa asido á otro fragmento de la fragata, y pereció á vista de esta. Aquellos desgraciados si no hubieran perecido á merced de las olas, es casi seguro que ellos y sus compañeros hubieran sido víctimas del hambre. Los cuatro que quedaron á bordo decidieron morir alli antes que esponderse á peligros que creian imposible superar. Uno de los cuatro murió de hambre poco an-

*Viage ilustrado.*

tes de llegar la goleta. Los tres restantes estaban en malísimo estado de estenuacion: con dos dias mas que hubiera tardado el socorro, no hubieran hallado mas que cadáveres. Estos desventurados ocupaban cada uno un nicho separado, del que no salian sino para buscar víveres, que en los últimos dias consistian en un poco de aguardiente, sebo y tocino salado. Cuando encontraban algo se perseguian cuchillo en mano. Mientras no faltó el vino y algunas otras provisiones, pudieron sostenerse medianamente, pero cuando solo les quedó aguardiente, se debilitaron mas cada dia. Por fin hallaron reunidos á su llegada á la isla de San Luis á todos los que se habian librado de aquellos desastres.

Los sesenta y tres hombres que hemos dicho que desembarcaron cerca del cabo de Minick confiaron el mando y direccion de la caravana á un sargento llamado Petit, jóven de veinte y ocho años, enérgico é inteligente. Antes de ponerse en marcha se contó los que habia, y no se encontraron mas que cincuenta y siete. Al tocar en tierra se habian separado seis individuos de sus compañeros de infortunio: de este número era el naturalista Kummer, que se alejó con la esperanza de que los moros le suministrarían con que satisfacer la sed y el hambre.

Púsose en camino la caravana de los cincuenta y siete, sufriendo el rigor de un sol abrasador, y sin hallar recurso que mitigara su sed. Por la tarde llegaron á unas colinas de arena próximas al mar, donde encontraron algunos chozos deshabitados, alrededor de los que se veian restos de langosta y despojos de algunas comidas.

El 7 aprovechando la frescura de la mañana se pusieron en marcha á las dos: la sed les mortificaba mucho; probaron algunos beber agua del mar, pero les produjo cólicos y vómitos horribles; bebieron los orines, pero este recurso se les agotó muy en breve; otros tuvieron la feliz idea de abrir en la tierra, próximo al mar, pozas que les suministraron agua fangosa, pero menos salada y nociva que la del Océano. No obstante estas disposiciones, deseaban la mayor parte les redujesen los moros á la esclavitud, pues no se descubrian planta ni animal que pudiese servir de alimento como no fuesen langostas, cuya carne produce fuertes cólicos si se come cruda. La tercera noche se pasó como la precedente, interrumpiendo tan solo el solemne silencio que les rodeaba los silbidos de las serpientes, único rumor que turbaba los sueños seductores de aquellos desgraciados, tendidos en la arena y disfrutando del letargo de la fiebre. A las dos de la mañana se pusieron de nuevo en marcha. Este dia fué uno de los mas crueles que pasaron en el desierto; la muger de un cabo se dejó caer en el suelo y declaró no poder andar mas... Su marido desesperado trató de reanimar su valor con amenazas: «¡Hiere, dijo, así cesaré de padecer.» Con mil trabajos consiguió trasladarla hasta una charca de agua salada, en cuyo sitio tuvo el desconsuelo de verla espirar. La narracion de este episodio no cuenta que fuese enterada, pero si que en aquel mismo lugar pasaron la tercera noche, en la que no les dejó conciliar el sueño el graznido de las aves, la agitacion de los reptiles y los rugidos de los leones. El 10 la mitad de los que componian la caravana no pudieron incorporarse: grandes hinchazones y agudísimos dolores paralizaban el uso de sus miembros, lo que hacia que pidiesen por gracia que les fusilasen. El calor del sol les